



DERECHA, IZQUIERDA Y ¿CENTRO?

Octavio SALAZAR BENÍTEZ

Y entonces el Señor separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a la derecha y los cabritos a la izquierda. Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo... Y a los de la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles.

EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

A estas alturas casi resulta una obviedad subrayar que los sistemas democráticos se hallan inmersos en una dinámica competitiva, basada en la importancia del liderazgo y en la configuración de los partidos como maquinarias de tenues perfiles ideológicos.

***Están desapareciendo
los intereses de clase
y se individualizan
las trayectorias vitales.***

La arena política se ha convertido en un mercado en el que los partidos «formulan propuestas políticas para vencer en las elecciones; no tratan de ganar las elecciones para realizar propuestas políticas» (1). Las causas de esta situación son diversas. De una parte, las relaciones sociales han dejado de estructurarse en torno a principios o valores comunes, decayendo la identificación del ciudadano con un partido concreto, a lo que habría que unir la incapacidad de los partidos para coordinar en programas coherentes los intereses muy diversificados de una sociedad en permanente evolución. De otra, no deberíamos olvidar la desaparición progresiva de los intereses de clase y la cada vez mayor individualización de las trayectorias vitales (2). Todas estas transformaciones han propiciado el desarrollo de lo que Kirchheimer denominó *catch-all party* (partido «coge todo») o partido profesional-electoral en palabras de Angelo Panebianco (3). Es decir, partidos que han moderado sus claves ideológicas, se han

(1) Downs, A., *Teoría económica de la democracia*, Aguilar, Madrid, 1973, págs. 30-31.

(2) Lamo Espinosa, E., «Partidos y sociedad», *Claves de razón práctica*, nº 63, 1996, pág. 37.

(3) Kirchheimer, O., «The Transformation of Western European Party Systems», en Joseph La Palombara y Myron Weiner, eds., *Political Parties and Political Development*, Princeton University Press, 1966; A. Panebianco, *Modelos de partido*, Alianza, Madrid, 1990.

situado en el «centro» y, desde esta posición, tratan de alcanzar el máximo número de votos. Han sustituido las grandes propuestas ideológicas por mensajes más inmediatos y moderados, con los cuales se trata de aglutinar a sectores sociales muy diversos. Así surgen posiciones ambivalentes, programas difusos y estrategias electoralistas que fácilmente se convierten en populistas. En este panorama, la confusión es evidente. El partido político se ve situado entre dos frentes: «De una parte, mira al centro, que es su futuro, pero, de otra, mira a sus colas (a la derecha o a la izquierda), que son su sustento histórico y su pasado, su identidad» (4).

En esta realidad juegan un papel relevante los medios de comunicación y, muy especialmente, la televisión. Éstos han contribuido a focalizar los procesos electorales en torno a los líderes de los principales partidos. Los medios han otorgado un papel creciente a la personalidad en detrimento del programa concreto de acción política de un candidato, el cual «es elegido principalmente sobre la base de sus superiores capacidades para utilizar los medios de comunicación» (5). La decisión final del elector depende de su percepción sobre lo que está en juego en cada elección. Es decir, ha acabado predominando una dimensión «reactiva» del voto: el electorado actúa como una «audiencia» que responde a los términos que se le presentan en el escenario político (6). Y en este proceso son los medios los que establecen y distribuyen los valores de atención, modulando la atención pública.

(4) Lamo de Espinosa, E., «Partidos y sociedad», *op. cit.* pág. 41.

(5) Manin, B., *La democrazia dei moderni*, Anabassi, Milán, 1992, pág. 92.

(6) Manin, B., *Los principios del gobierno representativo*, Alianza, Madrid, 1998, pág. 273.

Sin embargo, y a pesar de este panorama, en cualquier proceso electoral vuelven a utilizarse conceptos como el de «derecha», «izquierda» y, por supuesto, en los últimos tiempos, «centro». Las claves que han servido para definir el espacio político en los dos últimos siglos vuelven a utilizarse normalmente más que como criterio de identificación propio, como categorización crítica del contrario. La campaña de las elecciones legislativas españolas del 2000 ha vuelto a situar en primera línea la distinción entre la derecha y la izquierda, a raíz sobre todo del pacto celebrado entre el PSOE e IU. Frente a ellos, el PP ha seguido definiéndose como un partido de «centro reformista». En una posición secundaria, aunque no menos relevante, se sitúan partidos nacionalistas de muy diverso signo, condicionados en gran medida por su virtualidad de ser la llave para la gobernabilidad, lo cual les ha llevado en los últimos tiempos a ser partidos *con dos almas*, dada su capacidad negociadora tanto con el PP como con el PSOE. Pero, al margen de coyunturas políticas, no podemos negar que la «derecha» y la «izquierda» siguen siendo categorías universales de la política y determinantes de la ubicación ideológica (7). La diada existe, como apunta Víctor Pérez-Díaz, «en la misma medida en que existan los individuos que la utilizan» (8). Por ello, no estaría de más preguntarse hasta qué punto es posible mantener en las democracias actuales la distinción entre «derecha» e «izquierda» y, sobre todo, sería interesante delimitar qué podemos enten-

(7) Véase al respecto Gauchet, M., *La droite et la gauche*, Gallimard, París, 1990.

(8) Pérez-Díaz, V., «Derechas e izquierdas. Pasiones ideológicas y espacios imaginarios», *Claves de razón práctica*, nº 71, 1997, pág. 18. Aparece recogido en su libro *La esfera pública y la sociedad civil*, Taurus, Madrid, 1997.

¿Qué entendemos por ese «centro» en el que todos dicen situarse?

der por ese «centro» en el que todos los partidos mayoritarios dicen situarse.

El origen de una simbología clásica

La división clásica del espacio político se remonta a la Asamblea constituyente francesa de 1792, en la que los diputados se hallaban en dos grupos enfrentados: el de la Gironda, que se situó a la derecha del presidente, y el de la Montaña, que se situó a su izquierda. El primero deseaba restaurar la legalidad y el orden, mientras que el segundo se caracterizaba por la radicalidad revolucionaria y los deseos de romper definitivamente con el Antiguo Régimen. Esta dicotomía se trasladaría a Inglaterra, donde los gobernantes se sientan a la derecha y la oposición a la izquierda. Hay incluso quien opina que la denominación de izquierda fue anterior a la Revolución francesa, surgiendo con connotaciones religiosas y políticas en el concilio de Nicea, en el que los arrianos, como disidentes, se colocaron a la izquierda del presidente, Osio, que era el representante de Constantino (9).

Además de ese origen ampliamente consensuando, también debemos señalar cómo la valoración de las mismas palabras «derecha» e «izquierda» ha mantenido una línea constante a lo largo de la historia.

(9) Caba, P., *La izquierda y la derecha en el hombre y en la cultura*, Marova, Madrid, 1978, pág. 180.

Las categorías derecha-izquierda, ¿siguen definiendo el espacio político?

Como bien recuerda Martin Gardner, dichas palabras «testimonian en la mayoría de las lenguas la preferencia universal por la mano derecha. La palabra inglesa *right*, derecha, sugiere que es recto usar la mano derecha. Puede ser que *left* tenga su origen en el hecho de que la mano izquierda se use tan poco que se la excluya de la mayoría de las tareas» (10). Casi todas las culturas han asociado valores positivos e ideales a la derecha, la cual se ha identificado con lo moral, lo justo, lo verdadero. Desde el punto de vista biológico, religioso y ético parece claro que el término fuerte ha sido siempre «derecha». La evolución ha llevado a la paradoja de que en la actualidad nadie quiera ser definido como «de derechas», sobre todo por el contenido vergonzoso que han tenido muchas experiencias históricas ligadas a ese polo ideológico.

Por otra parte, la distinción derecha-izquierda responde a una estructura reiterada del pensamiento filosófico, el cual se ha organizado con frecuencia de acuerdo con oposiciones binarias. Todo tipo de culturas y pueblos han tratado de organizar su cosmos con narrativas simbólicas binarias y con esquemas antitéticos (11). Tanto en las

(10) Gardner, M., *Izquierda y derecha en el cosmos*, Alianza, Madrid, 1966, págs. 93-94.

(11) Lisón Tolosana, C., «El potencial de una idea. Derecha e izquierda en clave antropológica», en *Derechas e izquierdas en el mundo actual, Papeles y memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, nº VI, octubre 1999, págs. 84 y ss.

sociedades orientales (donde el más conocido sería el antiguo pensamiento chino del *yang* y el *ying*) como en los occidentales (por ejemplo, Empédocles) ha sido normal la organización del pensamiento y de las instituciones en términos de oposiciones duales. La misma definición de la «política» ha llegado a cimentarse sobre la oposición de contrarios. Bastaría recordar la tesis de Carl Schmitt según la cual la política se reduce a una dialéctica amigo-enemigo. En los modernos sistemas parlamentarios, esa bipolaridad se traduce claramente en la tensión mayoría gobernante-oposición, tensión que ha venido a alterar los perfiles tradicionales de la separación de poderes. Una dualidad que es mucho más evidente en aquellos países con sistemas electorales mayoritarios, o con tendencias mayoritarias como el nuestro, que favorecen el bipartidismo.

Pero, al margen de estas referencias históricas, y de las claves antropológicas que podrían llevarnos a un análisis más profundo de la necesidad humana de estructurar simbólicamente su espacio, sea político o no, lo que sí podemos afirmar es que la fuerza de los dos términos depende de la época y de las circunstancias. Es decir, nos encontramos ante dos términos cuyo historicismo es evidente (12). E incluso como señala Pérez-Díaz, la izquierda y la derecha constituyen agregados de organizaciones y corrientes «cuya continuidad es aparente y cuya presunta unidad requiere ser construida y reconstruida artificialmente, generación tras generación, por académicos, literatos, agentes mediáticos, y activistas políticos, atentos a las necesidades del presente» (13). Por ello, lo que nos inte-

(12) Bobbio, N., *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, pág. 65.

(13) Pérez-Díaz, V., «Derechas e izquierdas. Posiciones ideológicas...», *op. cit.*, págs. 20-21.

resa es clarificar qué puede entenderse por ellos en este tránsito de siglos y, en consecuencia, hasta qué punto pueden seguir manteniéndose como categorías definidoras del espacio político.

Derecha «versus» izquierda

La gran dificultad al tratar de definir las dos posiciones ideológicas que continúan ubicándonos políticamente radica, en gran medida, en el indudable peso emotivo que conllevan y en la imposibilidad de objetivar nuestra reflexión sobre ellas. Como seres políticos que somos, todos nos enfrentamos a la realidad, a cualquier realidad, con el armazón de ideas, experiencias y sentimientos que nos conforman como individuos autónomos. La identificación con la derecha o con la izquierda está íntimamente ligada a las experiencias formativas de nuestra *adolescencia política*, a aquellas que nos ayudan a adquirir una identidad y que, por tanto, generan apoyos, complicidades y agresividades. De ahí que estén fuertemente impregnadas de emoción (14).

Todos estamos imbuidos de una ideología, por más vaga, imprecisa o fluctuante que pueda ser. Cualquier diccionario nos define «ideología» como conjunto de ideas o ideales. Y aquellas no son más que las representaciones existentes en la mente o cualquier elaboración de ella a través de las cuales nos relacionamos con el mundo. Es decir, nuestra mente está llena, *la vamos llenando*, de representaciones que nos sirven para relacionarnos con el espacio en que nos desenvolvemos, que nos sitúan en el ámbito en el que nos desarrollamos como seres políticos. Por tanto, todos te-

(14) Pérez-Díaz, V., *ibid.*, *op. cit.*, pág. 19.

Mientras la derecha no quiere presentarse como tal, la izquierda se muestra dividida.

nemos determinados esquemas, ideas, líneas más o menos precisas, luces más o menos intensas que nos iluminan desde determinados ángulos nuestro entorno y, muy especialmente, desde el punto de vista político, el marco de convivencia en el que participamos como ciudadanos. La gran dificultad estriba en definir de manera precisa ese conjunto de ideas que nos sitúa en el espacio político, máxime cuando su utilización suele encender los ánimos y potenciar la visión *guerracivilista* de aquél.

No cabe duda de que la complejidad creciente de las sociedades contemporáneas, así como la rapidez de sus evoluciones, dificultan esta caracterización. La realidad progresivamente plural, desde el punto de vista político, económico, social y cultural, choca con los márgenes estrechos de una diáda que arrastra sus caracteres desde hace dos siglos. En este panorama, mientras que la derecha se esfuerza por no presentarse como tal, la izquierda se muestra dividida y desorientada frente a lo que debería ser su proyecto de futuro. Mientras que la derecha asume el progreso y el cambio, la izquierda «no acaba de encontrar puntos de equilibrio viables entre las necesidades de una transformación productiva y la afirmación proyectual de un futuro visible» (15).

(15) Pipitone, U., «Izquierda, izquierda», *Claves de razón práctica*, n° 71, 1997, págs. 22-26.

Izquierda y derecha difieren en cuanto al peso del Estado en la sociedad.

A esta dificultad habría que añadir la aparición de determinados movimientos, sociales y políticos, que de entrada se sitúan al margen de las organizaciones políticas tradicionales, centrándose la mayor parte de ellos más en intereses concretos que en proyectos globales. Me refiero a movimientos como los ecologistas, las feministas, las ONGs, o todo el variopinto conjunto de organizaciones que han conseguido movilizar a una parte importante de la ciudadanía en torno a reivindicaciones específicas y en estructuras que, al menos en principio, poco tenían que ver con las cerradas y oligárquicas de los partidos.

Pese a estas dificultades, creo que existen determinados rasgos perennes que acaban condicionando una determinada posición ante el mundo. Posición en la que se mezclan ideas, emociones, actitudes, talentos, éticas y hasta estéticas que nos sirven de marco referencial. Aunque sea arriesgado tratar de encajar en algunos valores y conceptos los elementos determinantes de las dos cosmovisiones clásicas, me atreveré a perfilar, emociones incluidas, algunos rasgos que las singularizan.

Han sido muchos los intentos de delimitación de la derecha e izquierda desde la filosofía política. De las últimas aportaciones la más destacada ha sido la de Norberto Bobbio, el cual ha partido del valor «igualdad» como criterio distintivo. Para el pensador italiano la clave de la diferen-

ciación se halla en que la izquierda es más *igualitaria*, es decir, exalta más lo que convierte a los hombres en iguales y favorece las políticas que tienden a convertir en más iguales a los desiguales (16). Desde esa posición, considera que la mayor parte de las desigualdades son sociales y que, por tanto, el Estado ha de tener un papel fundamental en la superación de las mismas. De ahí otro de los criterios que han servido para distinguirlas: el mayor o menor peso del Estado en la sociedad. Un debate renacido en los últimos tiempos como consecuencia del agotamiento del Estado social y del resurgimiento de las políticas de corte liberal. Los déficits públicos, la incapacidad de los Estados para atender las cada vez más variadas y complejas demandas de la sociedad, ha propiciado la intensificación de las políticas basadas en una separación más tajante entre Estado y sociedad y, en consecuencia, en la progresiva privatización de espacios públicos. La derecha siempre ha confiado más en la dinámica competitiva de la sociedad, en las leyes del mercado, mientras que para la izquierda ha sido fundamental el papel racionalizador y reequilibrador del Estado. Para la derecha es el sistema económico, con sus reglas y sus ritmos, el que manda. Y a él debe subordinarse la política. Por el contrario, la izquierda considera que la política debe controlar, modelar e imponer determinados valores a la actividad económica. Porque sólo de esa manera es posible la realización de su proyecto igualador y solidario. La excesiva potenciación del ámbito privado genera, entre otros riesgos, la facilidad para la aparición de populismos amparados en el éxito mercantilista y beneficiados por la ausencia de verdaderos proyectos públicos (17).

(16) Bobbio, N., *op. cit.*, pág. 152.

(17) García Montero, L., «Espectáculo demagógico», *El País*, 31-1-1999.

Desde el punto de vista más estricto de las relaciones sociales, la derecha siempre ha resaltado el elemento competitivo, mientras que la izquierda ha dado supremacía al sentido socializador, a la idea de pertenencia a una comunidad y, por tanto, al cultivo de la *simpatía* con el otro. Como señala Pedro Cerezo, la izquierda «es básicamente simpatética con respecto al Otro, a quien ve en su acepción de semejante, ya sea desde el punto de vista sensible o pasional (izquierda romántica) o del racional (izquierda ilustrada). En cambio, la emoción afectiva en la derecha es egotista en la prosecución del propio interés y el cultivo de la esfera del propio yo» (18). En relación con esa visión socializadora de la izquierda, basada en la participación de todos en lo común, nos encontramos con una diferente visión de la libertad. La libertad de la izquierda encuentra sus límites en la voluntad general, en la idea de comunidad, mientras que para la derecha el límite está marcado por la compatibilidad con otras libertades. Pero además, y como bien señala Savater, la libertad de la izquierda es también la *libertas a miseria*, es decir, «lo que nos libra de la miseria, sea ésta histórica, biológica, sea azarosa, sea por cualquier tipo, incluso, de error personal, la miseria de la ignorancia, la miseria de las discriminaciones por cuestiones de sexo, por cuestión de etnia, la miseria del prejuicio» (19).

Conectando la idea sobre la igualdad apuntada por Bobbio y la de libertad de Savater, nos encontramos con otro valor

(18) Cerezo Galán, P., «La topología del espacio político», en *Papeles y memorias...*, *op. cit.* pág. 70.

(19) Savater, F., en el debate mantenido en el Instituto Italiano de Cultura a raíz de la publicación en España del citado libro de N. Bobbio. Las intervenciones fueron recogidas en *Las claves del debate*, editado por Taurus y *Claves de razón práctica*, Madrid, 1995, pág. 88.

***La libertad
de la izquierda
encuentra sus límites
en la voluntad general.***

decisivo en lo que ha de ser la izquierda del siglo XXI. Me refiero a la *solidaridad*, traducción del tercer elemento de la Revolución francesa, la fraternidad, valor que favorece la cooperación altruista y el reconocimiento del «Otro» como prójimo. La solidaridad supone, en definitiva, una concepción de la igualdad integradora de las «diferencias» y una mirada transformadora de la realidad.

Frente a esa visión *progresista* de la izquierda, en el sentido de superadora de estructuras heredadas, la derecha se ha caracterizado siempre por valorar la «tradicción». La derecha suele apelar a tradiciones para procurar al grupo una identidad simbólica. Las siguientes palabras de Manuel Fraga lo reflejan con contundencia: «La derecha es inicialmente una actitud personal ante la vida social en una sociedad pluralista; que inspira de un modo recto, más recto que otros, los comportamientos sociales de las personas (...). La derecha cree en las cosas que se mantienen y duran, y que ya por eso sólo, son valiosas». El orden, la seguridad, la libertad individual, siempre han sido valores defendidos por la derecha: «El hombre de derechas cultiva la confianza, pero, al mismo tiempo que crea la libertad como estado básico, considera necesarias las puertas, los policías, los institutos armados, lo que garantiza la seguridad, la justicia por encima de todo» (20).

(20) Fraga, M., «La derecha», en *Papeles y memorias...*, *op. cit.*, págs. 18-19.

***El centro es el lugar
que todos los partidos
políticos reclaman
pero ninguno define.***

Igualmente, la derecha siempre ha estado más vinculada a planteamientos confesionales o, al menos, ha estado influida en gran medida por una moral religiosa. En este sentido cabe resaltar cómo los mismos Estatutos del Partido Popular sitúan entre sus directrices ideológicas el «humanismo cristiano». La izquierda, por el contrario, se ha caracterizado siempre por una visión más racionalista y empirista, propugnando en mayor medida la secularización de la sociedad y las correspondientes distinciones entre la esfera pública y la privada. La izquierda, además, siempre ha apelado a ideales, a objetivos, a un programa por realizar. Es lo que Bloch ha denominado «conciencia anticipativa» (21), conectada con todas las potencialidades aún por realizar. Hay, pues, en esta concepción una función crítica implícita. Crítica del orden existente, que ha de ser superado de acuerdo con determinados principios-guía. En este sentido, como escribía Muñoz Molina, la izquierda es inseparable de la melancolía, «porque las izquierdas tienden a retroceder en un mundo cada vez más de derechas, y también porque se alimentan de proyectos y sueños que, por muy razonables que sean, casi siempre se malogran en su choque con la realidad, con lo frágil y mezquino de la condición humana» (22).

(21) Bloch, E., *El principio esperanza*, Aguilar, Madrid, 1977, I, pág. 135.

(22) Muñoz Molina, A., «La izquierda melancólica», *El País semanal*, 9-10-99, pág. 168.

El engaño del «centro»

Sin embargo, y pese a esas diferenciaciones, a las que podríamos añadir algunas más, hoy todos los partidos tratan de liberarse del corsé de una concreta definición ideológica. Han suavizado progresivamente sus perfiles ideológicos, tratando de captar al más amplio electorado posible. Con tal objetivo, han proclamado el final de las ideologías tradicionales y han alumbrado un nuevo lugar en el espacio simbólico político: el centro. Lugar que todos reclaman y que ninguno define. ¿Cabe hablar de una nueva dimensión de la política subyacente bajo esa denominación? ¿Estamos asistiendo al nacimiento de un nuevo ámbito de identificación política o, por el contrario, estamos ante una más de las múltiples estrategias de marketing electoral?

Para empezar, debemos recordar que la voz «centro» viene del griego *kéntron*, el cual designa el punto equidistante entre dos extremos. Es un ente de razón que no se encuentra en la realidad. Desde el punto de vista ideológico, el centrismo sería la equidistancia entre dos posiciones. Por lo tanto, es imposible entre posiciones antitéticas. Sólo cabría cuando entre dos posiciones hay diversos niveles intermedios. En tanto que entre la derecha y la izquierda no hay una oposición dialéctica en sentido estricto, no puede existir una tercera posición que las supere. Entre ambas hay una dinámica continua, contrastes y tensiones, pero no cabe la síntesis: «El centro representaría el punto cero en que se abren los ejes de coordenadas, y por tanto sería un punto carente de situación, lo que es imposible desde el punto de vista social» (23).

(23) Cerezo Galán, P., *op. cit.*, pág. 76.

Por lo tanto, de entrada, nos encontraríamos con una posición de perfiles imprecisos, carente de substantividad por sí sola, ya que depende de posicionamientos ajenos y más cerca, entonces, de lo que sería un simple señuelo electoral.

Igualmente no creo que debemos confundir el centrismo con la moderación. Esta supone un talante, un modo de actuar, un procedimiento basado en la capacidad de diálogo y negociación. La voluntad de llegar a pactos y acuerdos es una táctica, si se quiere, pero no una ideología. Es, o debería ser, una tendencia de todo político y de todo ciudadano demócrata. Es la única manera de conciliar las diferencias que implica la igualdad.

Todas las fórmulas que en los últimos años han salido a la luz pública para definir fórmulas alternativas, como la famosa «tercera vía» (24), se mueven entre la más pura estrategia electoralista y el intento de adaptar las ideologías tradicionales a las nuevas exigencias sociales y económicas. Los mismos intentos de definición de esa «tercera vía» ponen de manifiesto la dificultad de caracterizar dicha posición al margen de las tradicionales. Giddens ha dicho que la tercera vía «es un programa cabal de modernización: de la economía, del sistema político y del Estado de bienestar. Modernizar significa responder a los grandes cambios que se están dando en el mundo. La tercera vía busca una renovación activa de las instituciones públicas. Insiste en el papel de lo público. Y redescubre la sociedad civil». Como vemos, trata de conciliar posiciones contrarias, o mejor dicho, pretende trascender tanto la socialdemocracia como el neoli-

(24) Véase como principal teórico de esta «tercera vía» A. Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha*, Cátedra, Madrid, 1998; y *La tercera vía*, Taurus, Madrid, 1999.

***La voluntad
de llegar a pactos
es una táctica,
no una ideología.***

beralismo. Más paradójica resulta la ubicación que Giddens otorga a la tercera vía, a la que define como «la izquierda del centro» (?). Precisamente el libro *La tercera vía* lleva como subtítulo *La renovación de la socialdemocracia*, si bien el análisis que realiza Giddens de aquella es bastante simplista, pues señala una serie de características que no se corresponden con la experiencia de las políticas públicas realizadas por los partidos socialdemócratas, especialmente con las desarrolladas en los países nórdicos (25). Encontramos en algunos de sus planteamientos ideas pertenecientes claramente a la esfera de la izquierda. Por ejemplo, en relación con la igualdad sostiene que «en nuestros días tenemos que tener un concepto de igualdad que se reconcilie con el pluralismo, pues hay que reconocer la naturaleza pluralista de las sociedades contemporáneas (...). El concepto de igualdad no puede ser sólo de igualdad de oportunidades. También hay que tener programas de redistribución. La desigualdad de oportunidades de una generación es la desigualdad de resultados en la siguiente». Aunque, al final, Giddens trata de reconciliar lo tal vez irreconciliable: «Yo abogo por un mercado fuerte, una sociedad fuerte y un Estado fuerte» (26).

(25) Navarro, V., « La tercera vía: un análisis crítico », *Claves de razón práctica*, nº 96, 1999, págs. 63-64.

(26) Entrevista a A., Giddens publicada en *El País*, 25-7-1999.

***El centrismo adopta
temporalmente ideas
que le pueden ser
más rentables.***

No han faltado las voces críticas con ese intento de fusión que supone la «tercera vía». Los socialistas franceses han sido especialmente críticos con ella, considerándola como una mezcla del proyecto de la democracia cristiana y de elementos liberales. Además, como bien ha apuntado Dahrendorf, «el problema es que en un mundo abierto no hay simplemente tres vías. Hay 101, que es otra forma de decir un número indefinido (...). ¿Cómo podemos conseguir crear riqueza y cohesión social en las sociedades libres? Las respuestas, sin embargo, son muchas. Hay muchos capitalismo, no sólo el de Chicago; hay muchas democracias, no sólo la de Westminster. La diversidad no es un extra opcional de la alta cultura, es algo básico en un mundo que ha abonado la necesidad de sistemas cerrados y englobadores» (27).

Al margen de los interrogantes que plantean las teorías de Giddens, lo que es evidente es que no responden a un mismo patrón las distintas realizaciones políticas que en los últimos años han pretendido situarse en la esfera de esa fusión ideológica. No creo que sea lo mismo la «socialdemocracia» corregida de Blair que el «centro reformista» de Aznar. Vicenç Navarro es contundente al respecto: «Blair le pidió al candidato del PSOE, Borrell, y no a Aznar, que es-

(27) Dahrendorf, R., «La tercera vía», *El País*, 11-7-1999.

cribiera el prólogo para la edición española de su libro. Blair y su partido pertenecen y derivan de una tradición muy distinta a la tradición y origen histórico del Partido Popular español. Es impensable que los muchos admiradores del nuevo laborismo en el PP vetaran cargos políticos a personas que enviaran sus hijos a la escuela privada o que gravaran los beneficios de las empresas privadas que se consideraran excesivos. Aznar está intentando introducir en España reformas en la educación y en la sanidad que introdujo Thatcher en el Reino Unido y que Blair ha eliminado» (28). Tal vez el único punto en común que podemos encontrar es el temor a encorsetarse clara y rotundamente en una etiqueta ideológica que se estima devaluada en los momentos actuales.

Por todo ello, los constantes remedos de ideas de la izquierda y de la derecha me hacen pensar más bien en una «no-ideología», en una táctica más que en un programa transformador apoyado en valores no contradictorios, en una postura cuya efectividad estará condicionada por la coyuntura político-social (29). Y todo ello porque el centrismo carece de ideas propias. Adopta coyunturalmente aquellas que le pueden ser más rentables. La ambigüedad y la vacuidad son sus notas dominantes. Vemos que todos los partidos *corren* hacia él desesperados, tal vez porque es el único argumento que les puede garantizar al fin, tras años de oligarquía y oscuridad, el apoyo mayoritario de una ciudadanía cada vez más compleja y cada día más decepcionada con la clase política. El centro, pues, «se

(28) Navarro, V., «La tercera vía: un análisis crítico», *op. cit.*, pág. 70.

(29) Lucas Verdú, P., «Derecha-Centro-Izquierda: ¿Una tricotomía convencional y evanescente?», *Papeles y memorias...*, *op. cit.* pág. 155.

nos antoja un concepto plano, un *desideratum* universal, una entelequia en el sentido aristotélico (= estado y tendencia hacia la perfección), pero, al no poder describirlo en términos de contenido positivo, el centro se convierte en algo etéreo, inaprensible, inexistente, es decir, en verdadera *entelequia*, en el sentido más actual de esta palabra» (30).

A modo de conclusión esperanzada

En esta época de campañas electorales continuas, de maquinarias partidistas anquilosadas y con grandes dificultades de renovación, en estos tiempos de relativismo posmoderno, de nuevo feudalismo, de ismos, grupos y modas, en este tránsito de siglo a siglo, tal vez no nos quede más remedio para mantener la esperanza que aferrarnos al conjunto de ideas, sentimientos y actitudes que constituye nuestra ideología. Para desde ella transformar y transformarnos. Para asumirla como programa revolucionario de nuestra vida *con* los demás. Para reinterpretarla desde la tolerancia y el diálogo, desde el encuentro que posibilita un sistema democrático.

A pesar de los mensajes apocalípticos, del centro engañoso, de las terceras, cuartas y quintas vías, siguen más vivas que nunca diferentes concepciones sobre el ser humano en sociedad. Tal vez los calificativos cerrados de antaño sean ahora insuficientes. Tal vez la nueva realidad haya desbordado los márgenes tradicionales. Pero siempre habrá, y tal vez hoy más que nunca ante los retos que se nos plantean, diferentes maneras de entender el poder y las libertades. Retos como la globalización, las nuevas tecno-

(30) «El centro político, necesidad y entelequia», editorial de *Razón y fe*, n° 1205, marzo 1999, págs. 231-236.

Mientras haya obstáculos para que todos seamos libres e iguales, habrá ideologías.

logías, el espacio político europeo, el fenómeno de la inmigración, la justicia universal, los peligros de los grandes poderes económicos, los nuevos atentados contra los espacios de libertad del hombre, exigirán respuestas que se apoyarán, al fin, en una determinada manera — compleja— de mirar la realidad. Retos que, además, demuestran que, a pesar de Fukuyama, el punto final de la evolución ideológica no es la democracia liberal. No podemos olvidar que «no existe democracia sin democratización, es decir, sin una renovación constante de las formas de participación y sin una reformulación permanente del papel de los gobiernos en relación al bienestar de los seres humanos» (31).

Quizás los partidos hayan dejado de convertirse en los referentes del espacio político, quizás éste se halle más fragmentado que nunca, quizás la velocidad de los cambios socioeconómicos obligue a un continuo proceso de readaptación pero, a pesar de todo ello, y de otros factores que el espacio nos impide considerar, seguiremos actuando bajo el impulso, siquiera emocional, de nuestras visiones del hombre y de la mujer en convivencia. Seguirá habiendo ideologías, con el nombre que le pongamos, mientras que siga habiendo obstáculos para que todos los hombres y mujeres seamos libres e igua-

(31) Jáuregui, G., «Globalización y democracia», *Claves de razón práctica*, n° 99, 2000. pág. 13.

les de manera efectiva. Esa meta, marcada por nuestra misma Constitución (32), seguirá alumbrando los posicionamientos, más o menos radicales, no sólo en el espacio político, sino más allá de él, en los perfiles éticos y estéticos que acaban singularizándonos. Incluso a aquellos que se dicen al margen de definiciones políticas. Porque la neutralidad no es más que una peligrosa manera de silenciar los gritos del alma. La ilusión bajo la que muchos pretenden vendernos su falta de compromiso o, lo que es más grave, su interés circunstancial. Todos, en cuanto seres políticos, tenemos una ideología, más o

menos precisa, dubitativa, pero lo que no podemos negar es que en la difícil balanza de la vida en sociedad todos pesamos de manera distinta valores, realidades y objetivos. Lo hagamos con la cabeza o con el corazón, de acuerdo con un partido o al margen de ellos, con firmeza o con interrogantes. Todos, inevitablemente, miramos el mundo a través del cristal que nos ha ido definiendo como seres racionales y libres. Aunque les pese a aquellos que vaticinan el fin de las ideologías en nombre, precisamente, de la libertad. Aunque no les guste a los que nos venden el centro, o sea, la nada, como el paraíso terrenal.

(32) El art. 9.2 de la Constitución española establece un mandato dirigido a los poderes públicos para que remuevan los obstáculos que impiden que la libertad e igualdad de todos los individuos sean reales y efectivas.